

EN RECUERDO DE LOS ALCORISANOS DEPORTADOS A LOS CAMPOS DE EXTERMINIO NAZIS.

El pasado 8 de mayo se recordaba el 60º aniversario de la liberación del campo de concentración de Mauthausen, de triste recuerdo para los republicanos españoles puesto que allí hallaron la muerte casi 7.000 compatriotas nuestros. En tan emotivo acto estuvo presente Manuel Hernández, un alcorisano miembro de la asociación Amical Mauthausen. Con su testimonio personal, queremos rendir un sentido homenaje a todos los españoles que, con la complicidad de la dictadura franquista, fueron asesinados por la barbarie hitleriana durante los trágicos años de la II Guerra Mundial.

Un largo camino, un penoso calvario, llevó hasta los campos de exterminio nazis a estos miles de republicanos españoles y, entre ellos, a 9 vecinos de Alcorisa, pero su dramática historia había empezado años antes...

UNA GUERRA CIVIL... Y DOS REPRESIONES

Durante la contienda, dramática e incivil, que ensangrentó las tierras de España entre 1936-1939, dos represiones fueron sufridas por los vecinos de Alcorisa. En el inicio de la guerra, fueron las milicias antifascistas libertarias las que cometieron los primeros asesinatos (la Causa General recoge 77 muertes de personas afectas al "bando nacional"). Este trágico período, estudiado por Pedro Rújula en su excelente obra sobre la historia contemporánea alcorisana, cambia de signo como consecuencia de la ocupación franquista de la población el 17 de marzo de 1938. Los testimonios son unánimes y abundantes: todos ellos aluden al destacado papel que en la represión fascista tuvieron Antonio Calvo, jefe de la Falange local y rico propietario agrario, así como la complicidad en la misma del sacerdote Domingo Buj. Mientras del primero, su actitud arranca del hecho de que con ella pretendía vengar la brutal muerte de su padre y hermanos, asesinados al inicio de la guerra, más deplorable resulta la actuación de mosen Domingo que, al margen del mensaje evangélico, se ensañó con los vencidos con auténtico resentimiento y odio inquisitorial.

Manuel Hernández, que nació en 1935, no tuvo lógicamente participación activa en la guerra, pero el hecho de pertenecer a una familia de izquierdas, hizo que ésta fuese víctima del terror franquista. Tal es así que 4 de sus tíos fueron asesinados por los fascistas (Santiago Hernández, Víctor Hernández, Daniel Hernández, Juan Sanz Mateo), el último de los cuales fue fusilado al no poder detener los sublevados a su hijo (Marcelino Sanz). Tampoco olvida cómo su tía María Membrado Cabañes, esposa del citado Daniel Hernández, "fue apaleada durante muchos días seguidos y le arrancaron el pelo de la cabeza a tirones". Con profunda tristeza, Manuel Hernández se hacía eco de esta página negra de la historia alcorisana y, recordando la saña represiva de las fuerzas y sectores sociales franquistas con la inestimable connivencia de la Iglesia militante, afirmaba: "eran creyentes en Dios y hay un mandamiento que dice "No matarás". Pero..."no matarás" cuando no interesa, cuando interesa, sí. Este mandamiento se salta a la torera... la doble moral, siempre...". Por su parte, y en esta misma línea, mosen José Altaba concluye su libro, ya citado, con una significativa reflexión en voz alta: "Para los que se llamaban los buenos, poco se notó a la hora de la represión y de la venganza. Se explica que los que no tenían fe cometieran sus desmanes, pero no

se puede comprender ni justificar que también los cometieran los que luchaban por Dios (y por la patria)...[...]... Lo más lamentable de todo fue que aun en el mismo conjunto de creyentes, icuántos cedieron a la tentación de odio y represalias, por aquello de la psicología colectiva!”. Ciertamente, con el fin de la guerra, no había llegado la paz, había llegado la “victoria”, una victoria implacable de las fuerzas de la reacción, la intolerancia y del fascismo.

UN EXILIO INCIERTO

Mientras esto ocurría en las zonas ocupadas por los sublevados, tras el desmoronamiento del frente de Aragón, y la ocupación ya citada de Alcorisa, gran parte de su población, leal a la República, huyó de su villa natal en un número muy elevado, que algunas fuentes elevan a 500 personas y, según Miguel Lamiel, el éxodo republicano afectó “aproximadamente a un tercio de la población de Alcorisa”. De este modo, mientras unos grupos huyen hacia Alicante, la mayor parte se dirige hacia Cataluña y, tras la caída de ésta en manos de las tropas franquistas, emprenden el penoso camino del exilio a Francia. Pero allí no les esperaba una tierra de libertad sino las alambradas de los campos donde fueron internados los combatientes republicanos.

En estas circunstancias llegó Manuel Hernández junto con su familia al exilio en tierras de Francia. Como otros vecinos de Alcorisa, cruzó la frontera, a sus 4 años escasos de edad, en compañía de su padre, Francisco Hernández, que había sido conductor de ambulancias durante la guerra, de su abuelo (Manuel Hernández), su tío Aniceto y sus primos Marcelino y Manuel Sanz Hernández. Todos se quedaron en Francia y nunca regresaron a España, a excepción de su padre Francisco, que, después de pasar por el famoso campo de concentración de Argelès, volvió a Alcorisa: aunque, como declaraba su hijo, “sorprendentemente” no fue represaliado, pero sufrió frecuentes humillaciones a cargo del ya citado mosen Domingo Buj.

En Francia, muchas familias fueron separadas por las autoridades francesas: mientras los combatientes republicanos eran internados en campos de concentración, sus parientes eran ubicados en otros lugares, lejos de sus seres queridos, a muchos de los cuales nunca más volverían a ver. Este es el caso del alcorisano Marcelino Sanz Mateo, que pasó a Francia con su esposa y sus siete hijos y cuyas emotivas cartas reflejan con total nitidez el sufrimiento, desamparo y separación familiar que acompañó a multitud de republicanos en su forzado exilio. Iniciada a los pocos meses la II Guerra Mundial, muchos republicanos españoles lucharon activamente en tierras de Francia contra la ocupación alemana desde las filas de la Resistencia. Aunque Manuel Hernández no ofrece datos concretos sobre éste período, aprovecha para recordar cómo el célebre general Leclerc, jefe de las Fuerzas Francesas Libres gaullistas, el liberador de París en agosto de 1944, “prefería tener españoles en su ejército porque eran luchadores, sabían lo que se estaban jugando...eran verdaderamente antifascistas por lo que habían sufrido en España y sabían lo que les esperaba si Francia [y los aliados] perdían la guerra”. Junto a su convicción de que la lucha antifascista debía continuar en Europa, por lo que al caso de algunos republicanos de Alcorisa respecta, parece ser que, aunque inicialmente se hallaban próximos al anarquismo, más tarde evolucionaron hacia posturas próximas al comunismo, como fue el caso de Manuel Rifaterra o de Domingo Félez, a los cuales aludiremos más adelante.

Tras la rápida conquista de Francia por las tropas hitlerianas en mayo de 1940, varios millares de republicanos españoles cayeron prisioneros en manos de los

alemanes y quedaron a la espera de que el gobierno de Franco indicase a sus amigos nazis qué se debía de hacer con ellos. El dictador decidió abandonar a su suerte a estos miles de compatriotas y, desposeyéndolos de la nacionalidad española ("no hay españoles fuera de España", afirmaba Serrano Suñer), quedaron convertidos en apátridas. Su dramático destino quedó sellado en la entrevista de Serrano Suñer con Hitler del 25 de septiembre de 1940. En ella, el cuñado de Franco y ministro de la Gobernación, acordó la entrega de los republicanos españoles a la Gestapo para ser deportados a un campo de concentración donde debían realizar trabajos forzados hasta el límite de sus fuerzas. Mariano Constante recordaba la indignación que produjo entre los presos republicanos este hecho puesto que "hemos descubierto que Franco les dijo [a los nazis] que no quería que ningún español saliera vivo y también quería que nos explotaran trabajando". De la connivencia de las autoridades franquistas a la hora de consumir la tragedia, se ofrecen testimonios reveladores en el excelente documental "El convoy de los 927". Por su parte, el siniestro Zierys, comandante en jefe de Mauthausen, capturado tras la liberación del campo y antes de morir, reconoció ante Antonio García Barón, un joven anarquista de Monzón allí deportado, que la España franquista tenía una responsabilidad directa en los crímenes de la Alemania nazi. De hecho, como relataba el libertario montisonense, "el comandante me hizo saber [...] que los presos españoles estábamos allí por petición directa de Serrano Suñer a Hitler. El fue quien nos condenó a muerte"

UN CAMINO SIN RETORNO: LA DEPORTACIÓN A Mauthausen

Los republicanos españoles fueron deportados al campo de Mauthausen (Austria). Allí fue a parar el grueso de los más de 10.000 deportados, aunque otros grupos fueron enviados a campos de concentración de triste recuerdo: Bergen-Belsen, Buchenwald, Dachau, Flossenbürg, Ravensbrück o el castillo de Hartheim, en donde fueron objeto de macabros experimentos y operaciones. En todos estos lugares, convertidos en auténticos infiernos de inhumanidad y violencia extrema, hallaron la muerte miles de republicanos españoles en el más absoluto olvido. El campo de concentración de Mauthausen se creó el 8 de agosto de 1938 y funcionó hasta el 5 de mayo de 1945 en que fue liberado por las tropas norteamericanas. Durante estos años, se estima que en Mauthausen y en su campo auxiliar de Gusen, fueron asesinadas o murieron como consecuencia de las condiciones infrahumanas y los trabajos forzados en torno a 150.000 personas, de las cuales no menos de 7.000 eran republicanos españoles y de ellos, nueve eran naturales de Alcorisa. A la altura de 1942, más de la mitad de los prisioneros eran de origen español, razón por la cual era conocido como "el campo de los españoles".

Dámaso Ibarz Arellano, un republicano de Fraga (Huesca), describía de forma desgarradora lo que significaba el campo de concentración de Mauthausen: "Este maldito lugar...[...]...el infierno de los vivos, centro del crimen, sede de la barbarie, donde la ley y el derecho no existen, donde los muertos andan, donde se han cometido los crímenes más horribles y sanguinarios que registra la historia". Los deportados republicanos españoles eran odiados especialmente por los nazis ya que nuestros compatriotas, desde 1936, habían sido los primeros que se alzaron en armas en Europa para combatir el fascismo. Por esta razón, se les calificó como "rojos peligrosísimos" (ropspanier) y se les aplicó el código "NN" (Nach und Nebel = Noche y Niebla), mediante el cual se les consideraba que eran presos a los que se podía ejecutar en cualquier momento, además de ser destinados a trabajar en condiciones infrahumanas hasta el agotamiento físico, hasta la muerte.

A principios de 1941, el comandante en jefe de Mauthausen, el lagerführer Ziereis, cumpliendo órdenes directas de Hitler, ordenó amurallar todo el recinto del campo. Por esta razón, se empezaron a escoger entre los prisioneros a albañiles y a cuantos supiesen algo de construcción, los cuales quedaron a las órdenes de un kapo jefe alemán conocido como "Marian", delincuente común, atracador y asesino que se encargó de mandar (y apalea) a los prisioneros que fueron asignados a los trabajos de construcción en el denominado Baukommando. Es en este momento cuando entra en escena un alcorisano: Manuel Rifaterra. Este, que había nacido el 3 de mayo de 1899, llegó deportado a Mauthausen el 27 de enero de 1941 procedente del Stalag XI-B Fallingbostel (Prusia Oriental) en un convoy junto con 1.477 republicanos españoles más. Una vez en Mauthausen, que empezaba a ser conocido como "el campo de los españoles", dada el elevado número de deportados republicanos que allí fueron enviados, se le adjudicó el nº 6.726. Los nazis responsables del campo, al saber que Rifaterra dirigía una empresa de obras antes de la guerra civil, (había trabajado incluso en la construcción de la famosa estación ferroviaria de Canfranc), lo nombraron jefe de albañiles. De este modo, a instancias del Comité de Nacional de Solidaridad, por medio de Francisco Bravo, un socialista montisonense que convenció al kapo Marian de la idoneidad de Rifaterra para llevar a cabo esta tarea, fue nombrado responsable de los trabajos de albañilería, esto es, de la realización de las obras de la muralla, torreones, garajes para vehículos de los SS y Jefatura (Kommandantur) del campo. Estas obras, que hasta la elección de Rifaterra habían sido realizadas por delincuentes comunes alemanes que nada sabían de construcción, hicieron afirmar al maestro de obras alcorisano que, los criminales nazis "son especialistas de la exterminación de los deportados, pero en lo que toca el llevar adelante sus trabajos, no son ni aprendices, incapaces de tirar una trazada y levantar una pared derecha". En las referidas obras, a finales de 1941, ya trabajaban bajo la dirección de Rifaterra, en torno a 300 republicanos españoles.

LA CANTERA DE MAUTHAUSEN: EL INFIERNO HECHO PIEDRA.

En Mauthausen, el peor destino para los deportados era trabajar en la fatídica cantera de granito. En ella hallaron la muerte muchos prisioneros, entre ellos un elevado número de republicanos españoles. Pascual Castejón Aznar, natural de Calanda y recientemente fallecido, recordaba las pésimas condiciones que soportaban los presos en la cantera, donde se trabajaba en jornadas agotadoras: "todos los días, desde las cinco de la mañana hasta las nueve de la noche. Daba igual que nevara o lloviera. La comida consistía en patatas con agua y algún nabo. Para cenar compartíamos un poco de butifarra con un pan para cinco. Todas las noches soñábamos con la comida y allí sólo se hablaba del hambre que pasábamos".

La cantera de Mauthausen y su trágica escalera de 186 escalones, se convirtió en el símbolo distintivo de los padecimientos a los que fueron allí sometidos los prisioneros: siempre se ha dicho que cada uno de sus peldaños está regado con la sangre de republicanos españoles que allí hallaron la muerte. En su construcción, fue precisamente Manuel Rifaterra, como jefe de albañiles que era, el que se encargó de dirigir las obras de esta tristemente célebre escalera. Las jornadas eran extenuantes, agotadoras, la muerte cobraba su tributo diario entre los deportados. Por ello, los veteranos recomendaban a los nuevos prisioneros que, para ahorrarse esfuerzos, había que trabajar solamente cuando se sentían vigilados. Y sin embargo, por encima de la desesperación, como recordaba Manuel Hernández, "siempre había alguno que tenía esperanzas de salir, alguien tenía que salir con vida para contar los horrores que allí se estaban pasando". Había que intentar sobrevivir y, para ello, la solidaridad mutua era fundamental.

En este sentido, el hecho de que Rifaterra tuviese funciones de kapo en las obras, le permitió ejercer su influencia sobre los criminales nazis para salvar la vida de diversos compatriotas y, por ello, la actitud de este alcorisano debe ser recordada con honor. Entre los diversos testimonios, citemos el caso de Mariano Constante, militante comunista, tenaz defensor durante toda su vida de la memoria del holocausto republicano en los campos de exterminio nazis y que, en justo reconocimiento por su labor a favor de recuperar la memoria y la dignidad de los deportados republicanos, recibió la Medalla de oro a los valores humanos por parte del Gobierno de Aragón en el año 2002, extensiva "a los aragoneses que fueron víctimas de los campos de exterminio nazis". En consecuencia, Mariano Constante, aunque empezó a trabajar en la cantera, fue gracias a Rifaterra como éste, sin duda, salvó la vida y, de este modo, pudo salvarse gran parte de la memoria de lo que fue el holocausto de los deportados republicanos españoles en Mauthausen. Así lo reconocía el mismo Mariano Constante: "el turolense Rifaterra...[...]... cuando yo estaba muy mal parado por las palizas recibidas y el incesante sube y baja de las escaleras de la cantera con las piedras en las costillas, me puso a trabajar con los canteros, diciendo a los SS que yo también era un especialista".

De igual modo, Isidoro Escatín Coronas, natural de Riglos, agotado como estaba de las palizas recibidas, también salvó la vida gracias a la intervención de Rifaterra, que era también conocido como Manuel "el Maño". También se tiene constancia de cómo el maestro de obras alcorisano ayudó de forma decisiva a José Escobedo Gimeno, natural de Utrillas y militante de la UGT, el cual, además, formaba parte de la organización clandestina de resistencia puesta en funcionamiento en el interior de Mauthausen por los republicanos españoles.

SOBREVIVIR: UNA ESPERANZA LEJANA

Conseguir un destino menos agotador, eludir el trabajo en la cantera, como hizo Rifaterra con Mariano Constante, era abrir un rayo a la esperanza de sobrevivir, era aferrarse a la vida en medio de un cúmulo de muerte que todo lo invadía. Dentro de la dureza y crueldad de Mauthausen, había otros trabajos más "llevaderos": tenían suerte los que lograban destinos tales como zapateros remendones (bachmayer), empleados del almacén de ropa (effektenkammer), peladores de patatas (kartoffeln) o barberos. En este último caso, hallamos a otro alcorisano, Domingo Félez Burriel, quien se salvó de ir a la cantera al estar destinado como peluquero, el cual rememoraba ante Manuel Hernández las penurias sufridas, las bajas temperaturas y el hecho de que, estando los prisioneros mal alimentados y vestidos, unido a la dureza del trabajo esclavo, hacía que el número de muertes fuese muy elevado. De hecho, sólo se salvaron, como nos recordaba Manuel Hernández, "los que eran más jóvenes o los que tenían algún puesto que no estaba en la cantera": ello le permitió sobrevivir a Domingo Félez puesto que, al ser peluquero, "lo metieron en un barracón a cortar el pelo a los demás prisioneros y eso le permitió eludir los duros trabajos a la intemperie en la cantera". También trabajó como peluquero José Garcés Marín (de Villel), destacado dirigente del FETE-UGT y del PSOE turolense durante la II República. En otras ocasiones, los prisioneros eran empleados por los nazis en tareas de "entretenimiento": Segundo Espallargas Castro, conocido como "Paulino", de Albalate, se hizo famoso como boxeador imbatido en las peleas (con apuestas) que organizaban los SS; Ramón Valero Villagrasa (de Castelserás) salvó su vida gracias a sus actitudes como cantante, pero no tuvo tanta suerte su hermano Manuel, que se arrojó contra las alambradas eléctricas de Güsen.

A tanto sufrimiento, dolor y muerte, habría que añadir no sólo la actitud sádica e inmisericorde de los SS nazis encargados del campo, sino, también, la fría indiferencia de la mayor parte de la población civil austriaca que habitaba en las cercanías de Mauthausen. Así lo recordaba Santiago Raga, natural de Ejea, quien se

lamentaba de que, "los niños que se dirigían al colegio y el resto de los transeúntes presenciaban el trato inhumano de los SS y los muertos en las alambradas sin inmutarse y sin mostrar el más mínimo signo de rechazo o indignación". Tal vez, algún grupo de estos niños o transeúntes contemplase algún día el cuerpo del alcorisano Francisco Gracia Geles suspendido sobre las alambradas electrificadas de Güsen en las que, como otros prisioneros, se suicidó incapaz de soportar tanto dolor y sufrimiento.

LOS ALCORISANOS QUE NUNCA VOLVIERON

En las líneas anteriores, hemos aludido a Manuel Rifaterra y Domingo Félez, dos republicanos de Alcorisa que sobrevivieron al infierno de Mauthausen y pudieron dar testimonio de la barbarie nazi. Pero otros siete paisanos no tuvieron tanta suerte y hallaron allí la muerte. Este fue el caso de: además del también citado Francisco Gracia Geles, Pedro Anglés García, Marcelino Sanz Mateo, Bernardo Alloza Gascón, Aurelio Tomás Bueno, Domingo Latorre y Máximo Zapater. Por medio de diversas fuentes y testimonios, hemos podido obtener algunos datos que, aunque escasos, nos sirven para recuperar la memoria de estos siete alcorisanos. Sabemos que los cuatro primeros (Gracia, Anglés, Sanz y Alloza), murieron en el campo auxiliar de Güsen, uno de los 46 subcampos creados por los nazis alrededor de Mauthausen y que, puesto en funcionamiento en enero de 1941, distaba 5 km. del campo central. A Güsen eran enviados para ser asesinados los prisioneros que, dado su precario estado de salud, se consideraba inútiles para el trabajo forzado que a todos ellos se les exigía.

Pedro Anglés García nació en Alcorisa el 24 de junio de 1906 y era hijo de Miguel Anglés Calvo, de Alcañiz, y de Francisca García Lahoz, de Alcorisa. Tras su salida al exilio, fue detenido por los alemanes e internado en el Stalag XI-B en Fallingbomel, siendo deportado a Mauthausen el 27 de enero de 1941, en el mismo convoy que su paisano Manuel Rifaterra y 1.476 republicanos españoles más. Ingresó en el campo con el nº 6.838. Al poco tiempo, fue trasladado a Güsen, donde permaneció hasta su fallecimiento, ocurrido el 30 de marzo de 1941, tras sufrir dos meses de penalidades. Tenía 34 años. Marcelino Sanz Mateo (Alcorisa, 14 mayo 1894 – Güsen, 29 julio 1941). Según consta en diversas informaciones, cruzó la frontera a Francia con su esposa y sus siete hijos. Separado de ellos, fue internado en el campo de Argelès-sur-Mer, desde donde se siguió carteando con su familia, que había sido internada en el campo de Mézin. Sin embargo, no quiso, desde el exilio, comprometer a sus parientes que se quedaron en España solicitándoles avales puesto que consideraba que éstos "están muy reprimidos" por la dictadura franquista. De Francisco Gracia Geles sólo sabemos, gracias al testimonio de Manuel Hernández, que "no pudo soportar la crueldad de Güsen y se arrojó a las alambradas y murió electrocutado". En cambio, nada sabemos sobre Bernardo Alloza Gascón, el cuarto alcorisano que halló la muerte en Güsen. Lo mismo podemos decir de Aurelio Tomás Bueno y de Domingo Latorre, asesinados en Dachau en fecha que desconocemos y, finalmente, de Máximo Zapater, nacido en Alcorisa un 28 de mayo de 1910 y, probablemente muerto en Natzweiler.

DOS ALCORISANOS VUELVEN DEL INFIERNO

Cuando fue liberado el campo de Mauthausen el 5 de mayo de 1945 por la fuerzas norteamericanas, entre los supervivientes se hallaban dos alcorisanos: Manuel Rifaterra y Domingo Félez. De su trayectoria posterior nos ofrece información nuevamente Manuel Hernández pues con ambos entabló amistad y de los cuales habla con profundo respeto y afecto. Pese que a los dos deportados supervivientes les unía su origen alcorisano y su militancia comunista, sus

trayectorias vitales fueron bien distintas. Manuel Rifaterra, una vez acabada la II Guerra Mundial, se estableció en Francia. Al igual que otros antiguos deportados, contó con el apoyo del Partido Comunista Francés (PCF), quien les consiguió trabajo y alojamiento en Ville Juif, en pleno "cinturón rojo" de París. Manuel Hernández, que por aquel entonces residía igualmente en Francia, conoció a Rifaterra por los años 1958-1959 y recuerda cómo el PCF ayudó al alcorisano a "levantar cabeza" mediante ayudas económicas y la obtención de trabajos especiales reservados para los supervivientes del genocidio nazi. Rifaterra, como buen maestro de obras que era, trabajó en diversos proyectos, entre otros, los edificios municipales de Lamalou-les-Bains, cerca de Béziers, en el Departamento de Hérault.

Ya jubilado, regresó a España e hizo alguna visita a Alcorisa, localidad en la que había nacido un 3 de mayo de 1899. Dos de sus hijos residen en la actualidad en Tarragona y una hija continúa en Francia. Rifaterra, fallecido hace ya unos años, al que deben la vida algunos de los deportados en la cantera de Mauthausen, era de esa estirpe especial de personas que, aún recordando nítidamente todas las penalidades pasadas, ni en su corazón ni en sus palabras tenía cabida el odio. Eso dice mucho de su gran talla moral. El último superviviente vivo: Domingo Félez Burriel (Alcorisa, 20 octubre 1920). Tras la liberación de Mauthausen, abandonó Austria y, con la ayuda de otros republicanos españoles, decidió emigrar a Latinoamérica. Llegado a Venezuela, no tardó en organizar una guerrilla comunista con la intención de combatir a la oligarquía gobernante. Sin embargo, la aventura revolucionaria de Domingo Félez fue un desastre puesto que, como recordaba su amigo Manuel Hernández, "era un luchador muy responsable y dio con gente muy irresponsable". Varios hechos avalarían esta afirmación: cuando su guerrilla se dirigía al monte para iniciar la lucha armada desde allí, se dio el caso de que el encargado de la munición la fue tirando durante el camino "porque pesaba mucho"; por su parte, el encargado del botiquín olvidó las vacunas antiofídicas, indispensables para sobrevivir en zonas selváticas infestadas de serpientes venenosas, etc. Ciertamente, con esta tropa,... ino se podía hacer la revolución!. Su actividad guerrillera la valió a Domingo Félez el ser condenado a muerte por las autoridades de Caracas. Por ello, desmantelada la guerrilla, tuvo que huir y permaneció oculto durante un tiempo e, incluso, trabajó de jardinero en casa de un rico hacendado. Un día, estando todavía condenado a muerte y con carteles con su nombre en busca y captura por las calles, le ocurrió un incidente que bien pudo haber acabado con la vida del superviviente alcorisano de Mauthausen: al visitar el jefe de Policía la casa donde Domingo Félez trabajaba como jardinero, ambos tuvieron un encuentro al darle el primero un cigarrillo sin reconocer al guerrillero condenado a muerte que tenía, fumando, frente a él. Domingo, de haber sido identificado, tal vez hubiese terminado sus días de forma trágica, algo que no habían logrado los nazis. Pero, aunque el temblor iba por dentro, se fumó el cigarro con el jefe de las fuerzas policiales que lo perseguían...y siguió trabajando en el jardín...

Pasado el tiempo, una amnistía le permitió rehacer plenamente su vida en su nueva tierra de adopción. Se casó con una venezolana y se estableció en La Victoria, ciudad de unos 100.000 habitantes que, pasados los años, lo nombró "ciudadano ejemplar". Ha tenido tres hijos: el varón es profesor y de sus dos hijas, una reside en Caracas, y la otra trabaja como periodista en la misma ciudad de La Victoria. Manuel Hernández, que mantiene periódicamente contacto telefónico con Domingo Félez y que incluso lo ha visitado en alguna ocasión, lo define como "un hombre extraordinario" que, a sus casi 85 años, mantiene, todavía, "una memoria tremenda" y, al igual que le ocurría a Rifaterra, no guarda rencor ni odio por los sufrimientos padecidos en su azarosa vida. Fueron precisamente su amigo Manuel Hernández y su sobrino Jesús Félez Bono, quienes en su día gestionaron las pensiones que el Gobierno socialista de Felipe González concedió a todos los

militares del Ejército de la República. Domingo, un hombre que tiene mucho orgullo y dignidad, y que había sido sargento del Ejército Popular republicano, la aceptó finalmente dada su poca salud y su situación económica más bien precaria. Domingo Félez Burriel es el último testimonio vivo que queda de un alcorisano que sufrió la derrota de la República, el exilio y la deportación al infierno de Mauthausen. Es por ello una lección para nuestra conciencia de ciudadanos libres y una memoria viva de una historia que, pesa a ser dramática (o tal vez por ello) nunca debemos de olvidar. Es nuestro mejor homenaje a todos aquellos que dieron lo mejor de sí mismos combatiendo contra el fascismo, luchando por la libertad, soñando con un mundo mejor y más igualitario.

UNA CELEBRACIÓN EMOTIVA

Este año, cuando se recuerda el 60º aniversario de la liberación de los campos hitlerianos, es la ocasión propicia para que todos, instituciones y ciudadanos, contribuyamos a que perviva en el futuro la memoria de la deportación republicana antifascista. Las ceremonias que se celebren, además de hacer justicia con los olvidados españoles que allí murieron, deben de tener un sentido de reafirmación cívica en nuestros valores, actualizar el pasado para convertirlo en una lección moral. Estas reflexiones nos previenen ante cualquier rebrote de xenofobia racista o de fascismo que se pudieran incubar, como el huevo de la serpiente, en nuestra sociedad actual. Y es que la memoria histórica es, siempre, una memoria necesaria y será, siempre, un imperativo moral. Este fue el significado de los homenajes que, con tal motivo, se celebraron el pasado 8 de mayo en Mauthausen. Allí estuvo también Manuel Hernández que, como miembro activo de la asociación Amical Mauthausen, se sumó a los actos que tuvieron lugar en dicho campo de concentración con objeto de, según sus palabras, "rendir un pequeño homenaje a todas las víctimas de la brutalidad cometida por dictadores crueles como Franco y Hitler". Ciertamente, una vez más se constataba de nuevo la connivencia del franquismo en la dramática muerte de los más de 7.000 republicanos españoles en los campos de exterminio nazis durante la II Guerra Mundial.

La organización del viaje corrió a cargo de Amical Mauthausen. En el mismo, estuvieron presentes, además de la delegación oficial de la Generalitat de Cataluña, con el conseller Joan Saura al frente, representaciones de Asturias, Andalucía, Castilla y Valencia, así como una delegación de la Masonería española encabezada por M^a Angeles Prats. También se contó con la presencia de miembros de la Asociación de Familiares y amigos de Represaliados de la II República por el Franquismo (AFAR2REP), la asociación Memoria Viva, y de los partidos Izquierda Republicana y el PSOE. Al acto, al cual asistieron varios cientos de españoles, entre supervivientes y familiares, contó por vez primera con la presencia de un representante del Gobierno de España, en este caso el Presidente Rodríguez Zapatero, lo cual le honra pues suponía el primer reconocimiento institucional español para con los republicanos deportados.

Bajo una suave lluvia, el Presidente Zapatero hablaba con emoción contenida a los allí congregados recordando a todos los españoles que allí sufrieron "en su lucha por la libertad y la dignidad", honraba su memoria y nos recordaba a todos, en tan simbólica fecha, que era un día para gritar "¡Nunca más!" ante el holocausto, el totalitarismo y el fanatismo.. Sin embargo, Manuel Hernández, un alcorisano firmemente comprometido con la defensa de la memoria histórica, se lamentaba con toda razón de que, pese a que asistieron aproximadamente 20 aragoneses, éstos no contaron con el respaldo del Gobierno de Aragón, que no envió, como hicieron otras comunidades autónomas, ningún representante a este acto, tan simbólico como emotivo. Ciertamente, la falta de presencia institucional aragonesa fue un comentario, y también un reproche, entre algunos de los

asistentes ya que, como acertadamente señalaba Manuel Hernández, y por supuesto suscribo, “parecía mentira que, habiendo tantos aragoneses que habían caído en estos campos, no hubiese habido un representante oficial de Aragón, de la Diputación o de algún ayuntamiento importante”.

Por todo lo dicho, en esta fecha simbólica del 60º aniversario de la liberación de los campos de exterminio nazis, es el momento idóneo para que, desde el Gobierno y las Cortes de Aragón se rinda un merecido y solemne homenaje a los deportados republicanos, puesto que durante demasiado tiempo han sido las más olvidadas víctimas de la lucha por la libertad. Esta idea, por supuesto, también debe hacerse extensiva a nuestra comarca del Bajo Aragón y, desde luego, a la villa de Alcorisa para que, del modo que estimen oportuno, honren a sus paisanos que pasaron por aquel infierno hecho piedra que fue Mauthausen. Este homenaje, debería de tener un recuerdo especial para Domingo Félez Burriel, el último alcorisano superviviente, el cual, desde Venezuela, sigue siendo la memoria viva de esta dramática historia nuestra. Ahí queda la propuesta, ahí queda el reto.

José Ramón Villanueva Herrero

***Fuente : José R. Villanueva Herrero, julio de 2005**